

GERARDO GONZÁLEZ DE VEGA

LAS RIENDAS DE LA FORTUNA

**ANTOLOGÍA DE HISTORIAS PORTUGUESAS
DE AVENTURAS ULTRAMARINAS**

ÍNDICE

INVOCACIONES	9
INTRODUCCIÓN: LAS CRÓNICAS DE PORTUGAL.....	11
El secreto de Portugal	13
Capa o sombrero	15
El testamento de Adán	17
La majestad del elefante.....	21
La carabela de piedra	24
Las crónicas portuguesas I	27
Las crónicas portuguesas II.....	30
Las crónicas portuguesas III	35
Las crónicas portuguesas en castellano.....	39
Crónicas de Portugal restaurado I	41
Crónicas de Portugal restaurado II.....	45
Crónicas de Portugal restaurado III	49
La Materia de Portugal.....	52
La isla de Oro	55
El rey melancólico	60
Los cuentos de la Historia.....	64
Las riendas de la Fortuna	68
NOTAS	72

ANTOLOGÍA DE HISTORIAS PORTUGUESAS DE AVENTURAS ULTRAMARINAS	85
Dragón de estopa, <i>Manoel Bernaldes</i>	87
Visiones de apestado, <i>Gomes Eanes de Zurara</i>	93
Rey, camarero y dama, <i>Fernão Lopes</i>	95
Por los pelos, <i>Gomes Eanes de Zurara</i>	99
Balarte de Dinamarca, <i>João de Barros</i>	103
El Cabezón, <i>Damião de Goes</i>	105
Suceso de los Estados de Gelofe, <i>Luis del Mármol Carvajal</i>	107
Una negociación teologal, <i>Joseph Martínez de la Puente</i>	113
Justicia real, <i>Garcia de Resende</i>	119
El oro de Zofala, <i>Luis del Mármol Carvajal</i>	121
El sayo de cañamazo, <i>Jerónimo Osorio</i>	129
Oja de los enamorados, <i>Luis del Mármol Carvajal</i>	133
La ciudad de las perfidias, <i>Jerónimo Osorio</i>	137
Muerte en la Aguada de Saldanha, <i>Damião de Goes</i>	145
Tiempo de cilicios, <i>Afonso de Albuquerque</i>	151
Hijo de Rey, <i>Gaspar Correa</i>	155
La peregrinación de Gregorio da Quadra, <i>A. de Albuquerque</i>	159
Venganzas de Don Goterre, <i>Jerónimo Osorio</i>	163
Romance de la alpargata, <i>Jerónimo Osorio</i>	167
El otro Amadís, <i>Fernão Lopes de Castanheda</i>	173
En cueros, <i>Damião de Goes</i>	185
Un terrible pez sombrero, <i>Antonio San Román</i>	189
Puntería alemana, <i>Damião de Goes</i>	193
El miedo del mar, <i>Francisco de Andrada</i>	197
Tres naves de Francia, <i>Gaspar Correa</i>	199
El sacrificado, <i>João de Barros y João Baptista Lavanha</i>	205
Insignias de caballero, <i>Fray Antonio San Román</i>	209
La isla de la marca, <i>Damião de Goes</i>	211
El pirata de Bengala, <i>Gaspar Correa</i>	213
Cunhale Marcar, corsario malabar, <i>João de Barros</i> y <i>João Baptista Lavanha</i>	219
El sueño de los tres ataúdes, <i>Fray Luis de Sousa</i>	223

Portugueses, malos, <i>Francisco de Andrada</i>	227
El desterrado leal, <i>João de Barros y João Baptista Lavanha</i>	229
Vida de João de Santiago, <i>Diogo de Couto</i>	235
Boca de infierno, <i>Fernão Lopes de Castanheda</i>	239
Don Fernando el de los castellanos, <i>Fray Luis de Sousa</i>	243
Tifón, <i>Diogo de Couto</i>	247
El tesoro de la pagoda, <i>Diogo de Couto</i>	251
Volver por el capacete, <i>Diogo de Couto</i>	257
Javos traicioneros, <i>Fernão Mendes Pinto</i>	259
El salvaje de Santa Helena, <i>Gaspar Correa</i>	263
El santo bebedor, <i>Fernão Mendes Pinto</i>	267
El Maestre y Doña María, <i>Francisco de Andrada</i>	269
El gran Diogo Soarez, <i>Fernão Mendes Pinto</i>	273
Náufragos en la Cafrería, <i>Fray Antonio San Román</i>	281
In vino veritas, <i>Fray Vicente do Salvador</i>	295
El cohete, <i>Diogo de Couto</i>	299
La espingarda de Zeimoto, <i>Fernão Mendes Pinto</i>	301
El hurón y la cobra, <i>Garcia de Orta</i>	305
Demonio de agua, <i>Pero Magalhaês de Gandavo</i>	309
La estatua de sal, <i>Fray Pantaleão de Aveiro</i>	313
Un mal viaje, <i>Vicente do Salvador</i>	317
La encomienda del monasterio, <i>Félix Machado de Castro y Silva</i>	323
A falta de opio, <i>Christóval Acosta</i>	327
Plaga de zimbaz, <i>Diogo de Couto</i>	329
Cazadores de elefantes, <i>Fray João dos Santos</i>	333
Diario del tornaviaje de 1600, <i>Fray João dos Santos</i>	337
El soldado práctico, <i>Manoel Severim de Faria</i>	353
La llamada de la isla, <i>João Carvalho Mascarenhas</i>	357
Esclavos del amor, <i>João Carvalho Mascarenhas</i>	359
Inquieto, porfiado y jugador, <i>João Carvalho Mascarenhas</i>	363
El regicida deslumbrado, <i>Luis de Menezes</i>	369
El hermano del embajador, <i>Luis de Menezes</i>	373
El negro lagarto, <i>Antonio de Oliveira de Cadornega</i>	377
El solitario de la isla Incógnita, <i>Francisco Correa</i>	379
La libertad asegurada, <i>Padre Manoel Bernaldes</i>	387

AUTORES, OBRAS Y REPERTORIOS	389
LOS AUTORES	391
Fernão Lopes	391
Gomes Eanes de Zurara.....	392
Afonso de Albuquerque	392
Garcia de Resende.....	392
Gaspar Correa.....	393
João de Barros	393
Garcia de Orta	394
Fernão Lopes de Castanheda.....	395
Damião de Goes	395
Jerónimo Osorio	396
Fernão Mendes Pinto.....	396
Luis del Mármol Carvajal	397
Pero Magalhães de Gandavo.....	397
Christóval Acosta	398
Pantaleão de Aveiro.....	398
Francisco de Andrada.....	399
Diogo de Couto	400
João Baptista Lavanha.....	400
Luis de Sousa	401
João dos Santos	401
Vicente do Salvador	402
Antonio San Román	402
Manoel Severim de Faria	403
João Carvalho Mascarenhas	403
Félix Machado de Castro y Silva	404
Joseph Martínez de la Puente.....	404
Antonio de Oliveira de Cadornega.....	405
Luis de Menezes.....	405
Manoel Bernaldes.....	406
Francisco Correa.....	406

LAS OBRAS.....	407
ALGUNAS FUENTES DE CONSULTA.....	415
REPERTORIOS DE NAUFRAGIOS.....	415

INTRODUCCIÓN:
LAS CRÓNICAS DE PORTUGAL

EL SECRETO DE PORTUGAL

EN tiempos de Felipe IV y poco antes del divorcio definitivo entre Portugal y España, el historiador madrileño Gonzalo de Céspedes advertía que si algo no les gustaba a los portugueses era que nadie se entrometiera en sus asuntos, para mal ni para bien¹. Y Céspedes sabía de lo que hablaba, pues sobre haber vivido años en Lisboa, donde trabajó en la administración de la Armada, contaba con la aguda percepción del imaginativo novelista que también fue. Por las mismas fechas se publicaba un tratado para uso de soldados, en el que se exponen desde la obligación que tenían de defender la fe cristiana y mantener en buen estado el armamento hasta la limpieza con que debían comportarse a la mesa². Nada original, excepto por los cuatro o cinco capítulos dedicados a las medidas de seguridad, bajo epígrafes tan expresivos como *Que aos inimigos se não ha de deixar criar raizes, nem ensinharles cousa que contra nós en algum tempo les posa servir*, o *Que se ha de ter muito resguardo para que os infieis não saibaô as necessidades do Estado, e a cautella que emos de ter no dar novas e escrever cartas*. Aunque el empleo de argucias bélicas, en la estela de la clásica escítala espartana o las *Strategemata* de Polieno y de muchas de las informaciones que Polibio da en sus *Historias*, se había vuelto general en el Renacimiento³, el anónimo portugués que tales principios establecía es posiblemente el primero en teorizar de nuevo sobre la necesidad del contraespionaje como parte esencial de la acción militar y administrativa de cualquier nación.

En realidad, seguía una tradición secular y bien consolidada en la práctica nacional. Desde que en 1434 Gil Eanes cruzó el Cabo del Miedo y durante muchas décadas, las marinerías de las carabelas y los galeones que de las Guineas y el Lejano Oriente retornaban a Europa, no sólo no desmentían los mitos medievales de monstruos marinos y abismos oceánicos que hasta entonces habían paralizado a los navegantes de otras naciones, sino que los ampliaban con historias de espantosos tifones y nieblas tan densas que los timoneles no alcanzaban a verse las manos sobre la rueda⁴. Ni los armadores que los fletaban ni los capitanes que los mandaban querían que las nuevas rutas, descubiertas y explotadas en beneficio propio, se convirtieran en dominio común de cualquier potencia extranjera ansiosa por disputarles mercados y territorios. Tampoco los reyes de Portugal lo querían. La exportación de cartas de navegación a otros países era un crimen penado con la vida y el expeditivo João II, a un piloto y dos marineros veteranos de la navegación a la Mina de Oro, los mandó secuestrar en Castilla, para impedir que se pasasen al servicio de los Reyes Católicos, y llevar de vuelta a Portugal. Las hermandades de mareantes a las que pertenecían quisieron salvarles las vidas pero de nada les valió; a los marineros los degollaron sus captores por el camino y al piloto lo descuartizó el verdugo en Evora⁵.

La política del secreto, establecida con plena conciencia, no dejaba de tener su razón de ser. Las carabelas andaluzas que terminarían descubriendo el Nuevo Mundo eran en su origen una reproducción del modelo lusitano, conseguida mediante el espionaje⁶, y el propio Colón se había formado como navegante de altura en las armadas portuguesas. El mantenimiento sistemático de tal política se demostró además sumamente eficaz. Mientras que en los mares hispanos de las Indias Occidentales apareció ya un corsario francés en fecha tan temprana como 1526⁷, y menudearon a partir de la década siguiente los franceses, ingleses y holandeses, doblados de contrabandistas y traficantes de esclavos, en los dominios portugueses de la India Oriental las precauciones adoptadas sirvieron para que el acoso comercial y bélico fuese más limitado, pero sobre todo mucho más tardío. Pues si bien en 1527 tres navíos corsarios procedentes de Dieppe consiguieron penetrar en el Océano Índico guiados por el piloto renegado Estevão Dias⁸, su incursión resultó un fracaso que no tuvo continuidad, y hasta 1595 las puertas del Cabo de Buena Esperanza permanecieron cerradas hacia el Oriente para los demás navegantes europeos. Entonces las traspasó el almirante holandés Cornelis Houtman al mando de cuatro naves que lograron arribar hasta la lejana

Java, causando la estupefacción del virrey Francisco de Gama, *por ser cousa nova* hasta donde en Goa se recordaba, *e nunca estas gentes terem passado a estas partes*⁹, aunque a partir de entonces ya no dejaron de pasar.

Otra consecuencia notoria del secretismo oficial sería que la epopeya portuguesa quedó envuelta en una especie de bruma, que la condenaría al desconocimiento cuando el correr del tiempo terminó por despejar la geografía oriental y la historia occidental. La transitoria unión de coronas peninsulares y universales bajo la Casa de Austria de 1580 a 1640, contribuyó también a difuminar la orgullosa y reservada imagen de Portugal tras la pomposa y barroca pantalla castellana, que además tenía una proyección y unos intereses y conflictos mucho mayores en las cortes europeas, donde se estaban midiendo las dimensiones del mundo todavía incompleto y discutiendo su posesión.

Pasados tres siglos de continuada decadencia, empantanados uno y otro pueblo en la miseria material y cultural, uno de los mayores novelistas de su época y de todas las demás, Eça de Queiroz, confirmaría con inmisericorde sarcasmo la tradición de altanería propia y desconocimiento ajeno de la que como hombre y escritor era heredero. Hacia 1880, mientras ejercía la representación consular de Portugal en Bristol, le tocó asistir a uno de esos saraos que parecen constituir la esencia de la actividad diplomática. Una dama inglesa con quien entabló conversación, remangó la nariz al detectar su acento, o tal vez al observar su tez no tan sonrosada, y le espetó con mal disimulado menosprecio: “¡Ah, pero usted es español!”. “No, señora —replicó el autor de *O Mandarin*—, lo mío todavía es peor, yo soy portugués”¹⁰.

CAPA O SOMBRERO

Sin embargo, había sido Portugal el país que inauguró la Edad Moderna y contribuyó durante los siguientes siglos, con sus buenas y malas obras, a troquelar el mundo tal y como aún lo padecemos hoy. Su cultura, como forma de entender la vida, extendida por los cinco continentes, desde el Mar de Timor a la selva amazónica, pasando por los trópicos de África, y su lengua, en la que hoy piensan y se comunican unos doscientos cincuenta millones de seres humanos, hacen prever además que las consecuencias de aquellas obras, mejores o peores, seguirán perdurando en el futuro.